

nos enseña que el cielo estará lleno, que el número de los escogidos estará completo, y que los que serán excluidos no podrán lamentarse si no es de sí mismos. De hecho, ¿quién podrá quejarse del Señor? ¿Acaso los primeros convidados? ¿Estos que tan fácilmente podían condescender á los replicados convites y avisos? Pero ¿cuáles serán las gracias que le darán los últimos, y cuál será la viveza de su reconocimiento eterno?

Lo 3.º *De los que fueron convidados los primeros, y no quisieron ir...*
«Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que habían sido llamados gustará mi cena...» Palabra bien terrible y juntamente de consuelo, no de otra manera que la conducta de Dios que en ella se nos representa... Dios es bueno y justo para con nosotros: ninguno puede lamentarse de él, sino únicamente de sí mismo. No hay réprobo que no lo sea por su culpa, y que no haya recibido de Dios sobreabundantes socorros para no serlo; porque Dios quiere la salvacion de todos los hombres, y para esto los ha criado; pero muchos resisten á sus convites, y por sí mismos se condenan... Dios está lleno de misericordia y de compasion: en cualquier estado en que podamos hallarnos de infidelidad, de ceguedad, de abandono, nos convida aun, nos solicita, y para traernos á sí emplea los medios externos é internos que pueden vencer la dureza de nuestros corazones. Por esto estemos atentos por una parte á no desechar sus primeros llamamientos; y por otra, esperemos siempre, correspondamos á las gracias que se nos dan aun, y temamos que nuestra obstinacion nos lleve finalmente hasta la muerte.

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! ó Señor, ¿no tengo yo por ventura temor, y mas que otro alguno, de ser excluido de vuestro celestial convite? Yo solo ¿no soy por ventura mas culpable en los obstáculos que frecuentemente opongo á mi salvacion, que aquellas tres suertes de hombres, que bajo especiosos pretextos han recusado el participar de la cena del padre de familia? Con los primeros he sido convidado con una gracia de vuestra predileccion; pero ¡ay de mí! me he excusado, y he atendido á todos los demás negocios fuera del de mi salvacion: muchas veces he respondido en el furor de mi pasion que no podía, y que estaba con necesidad de seguir mis inclinaciones. Con todo eso, no obstante mi ceguedad y mi pobreza en el despojo de todos los bienes espirituales en que me he hallado, Vos me habeis llamado aun, convidado y conducido con vuestra gracia: pero ¡ay de

mi! yo, Señor, he andado muy léjos de Vos. Finalmente, en el gran camino de la perdicion por las cercas, esto es, avergonzado de remordimientos y de penetrantes reprensiones, me he visto como forzado interior y exteriormente á volver á Vos. ¿Cuál, pues, debe ser mi reconocimiento para con Vos, ó Dios mio? ¡Y cuál sería mi delito si no perseverase en vuestro santo servicio, y si viniese aun á hacerme indigno de entrar en el celestial convite á que Vos me solicitais que asista con tanta bondad, paciencia y misericordia! Amen.

MEDITACION CXC.

DEL VERDADERO DISCÍPULO DE JESUCRISTO.

(Luc. xiv, 25-27).

Jesús continuó á enseñar en la Galilea, y principalmente en los lugares donde no había estado aun. Aquí fue seguido, como por costumbre, de un gran concurso de pueblo, al que expuso cuáles son las condiciones que exige de aquellos que quieren ser sus discípulos, y sin las cuales en vano se lisonjearian de ser de este número. Cuatro les nota que deben ser para nosotros materia de un sério exámen: 1.º aborrecer los propios parientes; 2.º aborrecer la propia vida; 3.º llevar la propia cruz; 4.º caminar detrás de él.

PUNTO I.

Aborrecer los propios parientes.

«É iban con él muchas turbas; y volviéndose, les dijo: Si alguno no viene á mí, y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos, «y hermanos y hermanas, y hasta su vida, no puede ser mi discípulo...» Examinemos ahora aquí la primera de las dos condiciones contenidas en estas palabras, que es el odio de los parientes. Fuera de los que aquí están nombrados comprende tambien este odio todos los otros parientes, los protectores y los mas íntimos amigos. El término de aborrecer es en sí bastante fuerte, no para significar que debemos hacer ó deseales el mal, sino para manifestar el ardor, la fuerza y valor con que debemos hacerles frente si se oponen á nuestra salvacion; si nos impiden el abrazar el estado á que Dios nos llama, y quieren empeñarnos en aquel á que Dios no nos llama; si nos impiden el abrazar la verdadera fe, y si se esfuerzan á mantenernos ó á empeñarnos en el error. Pero estas oposiciones son raras hoy en día, y acaso con mas frecuencia sucede que se aborrecen el padre, la madre, la esposa, los amigos, por-

que nos llevan al bien, nos apartan del vicio, y quieren hacernos caminar por el camino de la salud.

PUNTO II.

Aborrecer la propia vida.

«Si alguno viene á mí y no aborrece hasta la vida, no puede ser «mi discípulo...» Esto es, debe estar pronto á sacrificar su vida, su reposo, sus bienes y sus comodidades, antes que perder la fe y la gracia de Dios: esto es, debe reprimir sus pasiones, aun las mas violentas; resistir á sus mas amables inclinaciones, contener sus sentidos en la mas dura esclavitud, detestar y huir con horror todo aquello que puede conducir al pecado, y manchar el alma... Puestos tales principios, ¿nos reconocemos nosotros por verdaderos discípulos de Jesucristo? ¿Tenemos nosotros en particular este odio de nuestra alma, de sus placeres y de su temporal felicidad? ¡Ay de mí! sí, la aborrecemos, y mucho; pero para la eternidad. ¡Cuántas llagas le hemos hecho, y á qué peligro la exponemos, amándola solo para el tiempo, en vez de aborrecerla en el tiempo y amarla para la eternidad!

PUNTO III.

Llevar la propia cruz.

«Y el que no lleva su cruz, y me sigue, no puede ser mi discípulo...» Estas palabras encierran tambien dos condiciones, de las cuales la primera es, de llevar la propia cruz... ¡Oh cuántos la han llevado por los suplicios horribles que han sufrido, ó por las penitencias y por las maceraciones que han ejercitado sobre su carne, ó por la paciencia heroica que han conservado en las mas largas y mas acerbadas enfermedades, en las mas atroces calumnias, en las mas injustas persecuciones, y en las mas crueles aflicciones y calamidades! Pero en orden á vosotros, ¿cuál es la cruz que llevamos! ¿Cuál es la cosa que nos afana, nos inquieta, y nos saca fuera de nosotros mismos? ¿Cuál es el motivo de aquel disgusto que nos arranca tantos lamentos y tantas quejas, sobre el que nos consumimos con reflexiones, que por todas partes nos sigue, y que no podemos olvidar ni soportar? Finalmente, ¿cuál es aquella cruz que no podemos llevar? ¡Ah! comparemos la cruz de Jesucristo y la de los Mártires con la nuestra, y avergoncémonos de nuestra vileza. Temamos que un dia no nos reconozca Jesucristo entre el número de sus discípulos, porque no podemos

gloriarnos de merecer este glorioso título sino caminando sobre las pisadas que ha señalado con su sangre. Por otro lado, ¿no es bien ligera la cruz que se nos presenta, si la comparamos aun con la que llevan los mundanos? ¿Cómo, pues, rehusarémos nosotros sufrir por Jesucristo, mientras tantas personas, mientras nosotros mismos acaso gemimos bajo el tiránico yugo del mundo? ¿Dirémos acaso que bien que al exceso cobardes, estaremos siempre prontos, si fuese necesario, á llevar la cruz de Jesucristo ó la de los Mártires? Pero fuera de que no se nos ofrecerá jamás esta cruz, ¿cómo la miráramos nosotros? ¿nosotros que no podemos llevar aquellas cruces ligeras que Dios nos presenta? ¡Ah! son estas las que debemos abrazar con júbilo, ya que no tenemos otras mayores. El verdadero discípulo de Jesucristo se duele solamente de lo poco que tiene que sufrir; se consuela en aquello poco que tiene que padecer, y lo mira como una ligera compensacion de las grandes cruces que no se merece; pero ¡ay de mí! nosotros nos lamentamos de esto poco, y buscamos de todos modos el descargarnos.

PUNTO IV.

Caminar detrás de Jesús.

«Y el que no me sigue, no puede ser mi discípulo...» Caminar sobre las pisadas de Jesucristo, seguir á Jesucristo, imitar sus ejemplos y practicar sus virtudes. Este divino Salvador nada nos manda que él mismo no lo haya practicado, y nosotros no podemos aspirar á ser sus discípulos, sino cuando serémos bastantemente generosos para caminar sobre sus pasos. Estudiemos, pues, su vida, y en todas las ocasiones llamemos á nuestra memoria sus virtudes. Imitemos su pureza, su dulzura, su humildad, su paciencia, su celo, su silencio, su oracion y su resignacion. Sobre todo sigámoslo sobre el Calvario en la muerte y en el sepulcro, si queremos seguirlo en la resurreccion y en la gloria.

Peticion y coloquio.

De Vos, ó Señor, espero esta gracia de sufrirlo todo por seguivos. Dadme tanta humildad que pueda renunciar á la vanidad del siglo, á mi amor propio y á mí mismo; tanto despego para renunciar todo interés pasajero; tanta fidelidad para renunciar á toda utilidad ilegítima, á toda sociedad peligrosa y á toda ocasion pecaminosa; tanta sumision para renunciar á todo aquello que Vos, ó Dios mio,

me quitáreis por la injusticia de los hombres, por el temor y por la muerte; tanta caridad que renuncie á todo aquello que escandaliza á los débiles, y á todo aquello que tiene aun solo la apariencia de mal; finalmente, tanta fuerza y grandeza de alma para sostener el augustísimo título que llevo de vuestro discípulo, y para emprenderlo todo en vuestro espíritu, según vuestras órdenes, y por vuestro santo amor. Amen.

MEDITACION CXCI.

PARÁBOLA DE LA TORRE QUE UNO QUIERE CONSTRUIR.

(Luc. xiv, 28-30).

1.º De las reflexiones que se deben hacer sobre el edificio que se quiere levantar; 2.º del temor que se debe tener de no acabar el edificio empezado; 3.º del desprecio á que vendrá expuesto el que no acabará el edificio que ha comenzado.

PUNTO I.

De las reflexiones que deben hacerse sobre el edificio que se quiere levantar.

«Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no hace primero sentado la cuenta de los gastos que son necesarios, viendo «si tiene con qué acabarla?...»

Lo 1.º *Conviene reflexionar sobre la grandeza de la empresa...* Cuanto es mas grande la empresa, tanto mayores reflexiones se requieren: en las cosas temporales no dejamos de hacerlas; pero en las espirituales nos descuidamos frecuentemente. Hagámoslas ahora, y consideremos cuáles son las obligaciones del Cristianismo. No se trata ya de deliberar si debemos abrazar ó no el Cristianismo. Este no es el sentido de la parábola. Por gracia de Dios somos cristianos, y si no lo fuésemos, estaríamos en obligacion de serlo. La parábola nos advierte solamente el no hacer profesion del Cristianismo, sin saber á qué nos empeña esta profesion, y sin estar constantemente resueltos á cumplir nuestras obligaciones. En cualidad de cristianos debemos seguir una vida santa, exenta de pecados, llena de buenas obras y de virtudes; debemos cumplir las cuatro cosas que Jesucristo pide de sus discípulos, aborrecer todo aquello que puede apartarnos de él, aborrecernos á nosotros mismos, llevar la propia cruz, y caminar detrás de él. Esta es aquella alta torre que debemos fabricar, en la que debemos trabajar cada dia é incesantemente, y que debe-

mos alzar hasta el cielo, perseverando en este trabajo hasta la muerte. Apliquemos esto á la perfeccion cristiana, á la vida eclesiástica ó religiosa, y á las obligaciones de cada estado en particular: si se trata que tengamos que abrazar alguno de estos diferentes estados, guardémosnos de empeñarnos sin haber tomado tiempo para reflexionar en el reposo de la oracion y del retiro el empeño que queremos tomar sobre nosotros.

Lo 2.º *Conviene reflexionar el gasto que debemos hacer para acabar el edificio...* Consideremos que para cumplir las obligaciones del Cristianismo nos debe costar el sacrificio de nuestro espíritu por una fe humilde, sumisa y entera; el sacrificio de nuestro corazon por un sincero despego de todas las cosas criadas, amando solo á Dios, amando por solo Dios, y amando solo lo que Dios quiere, y cómo quiere que lo amemos; el sacrificio de nuestras pasiones por medio de una resistencia continua, sin perdonarlas ni favorecerlas en cosa alguna, sofocando desde sus primeros movimientos su sedicion, cortando todo aquello que pudiese servir á excitarlas, huyendo todas las ocasiones en que podrian encenderse, y practicando cuanto puede contribuir á destruirlas y á desarraigárlas: finalmente, el sacrificio de nuestros bienes, de nuestra reputacion y de nuestra vida, cuando Dios lo ordena, cuando las circunstancias lo exigen, y lo pretende la causa de la Religion. Hé aquí lo que nos debe costar la fábrica de esta torre.

Lo 3.º *Reflexionemos cuáles son los medios de suministrar lo necesario para el costo...* ¿Tenemos nosotros con qué hacer este gasto? ¿Estamos bastantemente ricos para poder suplir este gasto? No, sin duda: nosotros nada tenemos, nada podemos por nosotros mismos; pero todo lo podemos en aquel que nos conforta y nos llama. No nos faltará su gracia, basta que nosotros no faltemos á ella: con la gracia hagamos lo que podamos, y pidamos lo que no podamos. Dos cosas solamente pide Dios de nosotros: velar y orar. Tomemos ahora la firme resolucion, pongamos mano á la obra, y llegaremos al término del edificio.

Lo 4.º *Reflexionemos cuáles son los motivos de emprender y de acabar el edificio...* La empresa es grande y difícil, requiere un trabajo penoso y de larga duracion; pero consideremos que levantamos una obra magnífica á la gloria de Dios, y en la cual Dios se complace mas que en los templos mas soberbios que se pueden erigir en su nombre. Consideremos que levantamos un monumento inmortal á la gloria de Jesucristo, y que anunciará eternamente la potencia y

el triunfo de su gracia. Consideremos que este es para nosotros un asilo seguro contra los dardos de la cólera de Dios, contra el diluvio de sus venganzas, y contra el fuego del infierno. Consideremos que este edificio nos llevará y nos elevará hasta el mismo cielo... Animo, pues, alma mia, no temas, emprende valerosamente la obra, empléate sin cesar en ella; y si alguna vez por tu negligencia hace en ella el enemigo alguna brecha, repárala presto, y vuelve á emprender tu trabajo con nuevo ardor.

PUNTO II.

Del temor que se debe tener de no acabar el edificio comenzado.

1.º *Temor continuo...* «Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no hace primero sentado la cuenta de los gastos que son necesarios, no sea que despues que hubiere puesto el fundamento no la pudiere terminar?...» Lo que nos debe tener en continuo temor es el gran número de aquellos que abandonan la empresa, no solo despues de haber echado los fundamentos, sino tal vez tambien despues de haberla alzado mucho de tierra, y estando á punto de concluirla. Judas, que habia oido esta parábola, fue el primer ejemplo de ella... ¿Cuántos cristianos han perdido la primera inocencia sin tomarse algun cuidado de recuperarla? ¿Cuántos pecadores han estado llenos de fervor al principio de su conversion, y han vuelto otra vez á sus desórdenes? ¿Cuántos han abrazado gloriosamente el estado eclesiástico ó la vida religiosa, y se han disgustado de ella, han vuelto á entrar en el siglo, y han vivido en un estado santo una vida del todo mundana? ¿Cuántas almas movidas de Dios se han dado á los ejercicios de la vida interior, los han practicado con fervor y consolacion en algun tiempo, y despues los han abandonado por darse á la disipacion, de la que han caido en la tibieza, en el desórden de la conciencia, en la indevacion, y frecuentemente tambien en culpas graves y en hábitos pecaminosos? ¡Ay de mí! yo mismo ¿cuántas veces he comenzado con un valor que me creia que jamás podria disminuirse, y poco tiempo despues me he hallado desalentado, cansado y rechazado por la dificultad, hasta el punto que, desesperando del éxito, he abandonado la empresa?

2.º *Temor moderado...* El temor no debe dar en los excesos... Con abandonarnos demasiado, corremos riesgo de caer en la desesperacion. Para caminar seguramente es necesario estar entre el temor y la esperanza, siempre temer, siempre esperar. Si el gran número de los

que se pierden tiene de que atemorizarnos, el gran número de los que se salvan debe hacernos esperar: Si muchos no han podido acabar la obra comenzada, la culpa es suya, la causa fue su vileza y su malicia; pero si tiramos la vista sobre tantos Santos de toda edad y de todo estado que el cielo corona, verémos que ellos han triunfado con la gracia de Dios de todos los obstáculos que á cada paso se encontraban sembrados debajo de sus piés por el enemigo de la salud. Á nosotros se nos ha ofrecido la misma gracia, y nos protege el mismo Dios: imitemos constantemente su valor, imploremos su intercesion, y esperemos ser un dia participantes de su recompensa.

3.º *Temor atento...* El temor de engañarse hace á una persona atenta. Nuestra pérdida no comienza por grandes delitos. Examinemos, pues, con la mas séria atencion, por qué un número tan grande abandona la empresa, y por qué tantos otros saben llevarla á la perfeccion. La razon es, porque los primeros no han hecho las reflexiones necesarias al empeño que contraian, y no habiéndolas hecho, han comenzado sin estar bien determinados á suplir todos los gastos, esto es, á hacer todos los sacrificios para continuar y acabar la empresa; porque en el curso de la obra no han tenido cuidado de conservar en su espíritu estas reflexiones, ni de decir cada dia con san Bernardo: *¿Para qué has venido tú?* y finalmente, porque han confiado demasiado de sí mismos, y no lo suficiente sobre los socorros de Dios. Cuando alguno se halla débil y cansado, cree que todo está ya perdido, y en vez de recurrir á la oracion, y esperar con humildad el socorro de Dios, se abandona á la disipacion, y renuncia á una empresa que cree ya superior á sus fuerzas; como si con nuestras propias fuerzas, y no con las del Omnipotente, pudiésemos continuar, acabar, y ni aun comenzar tan grande obra. ¡Ah! los Santos al contrario, dóciles á los avisos del Redentor han hecho sus reflexiones, sus cuentas, sus cálculos, y han velado y orado: usemos la misma atencion y la misma prudencia.

4.º *Temor eficaz...* Muchos temen condenarse; pero tienen solamente de una tan grande desgracia un temor ocioso y estéril, que no les hace practicar la mas mínima operacion, ni tomar la mas mínima precaucion. ¡Ah! seamos nosotros mas sábios; temamos, y háganos nuestro temor emprenderlo todo y sacrificarlo todo. Imitemos la conducta de los Santos; usemos como ellos todas las atenciones para la construccion del edificio que hemos emprendido erigir; evitemos como ellos todo lo que podria apartarnos de nuestra empresa, interrumpir su progreso ó destruirla; pensemos como ellos;

reflexionemos incesantemente sobre ella; hagamos exactamente las cuentas, y calculemos con nosotros mismos todas las cosas. Ahora estas cuentas y estos cálculos los debemos renovar en la oracion, en la meditacion, en la leccion y en los exámenes; sin esto perderemos de vista nuestro objeto, no llevaremos adelante la obra, la abandonaremos, caerá por tierra por sí misma, y no presentará á la vista otra cosa que ruinas.

PUNTO III.

Del desprecio á que estará expuesto el que no habrá acabado el edificio comenzado.

«Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no ha «ce primero sentado la cuenta de los gastos que son necesarios... «no sea que despues que hubiere puesto el fundamento, y no la pudiese terminar, comiencen todos los que la vean á burlarse de él, «diciendo: este hombre ha comenzado á fabricar, y no ha podido «acabar?...» ¿Quién son aquellos que verán vuestra necedad, vuestra volubilidad y vuestra inconstancia, y que comenzarán á burlarse de vosotros y á insultaros?

Lo 1.º *Los hombres*, vuestros amigos, vuestros parientes, aquellos á quienes vosotros habeis querido complacer, olvidando las conveniencias de vuestro estado; aquellos cuyas burlas habréis querido evitar, ó ganar la amistad, abandonando vuestros ejercicios de piedad; estos serán los primeros á despreciaros y á burlarse de vosotros. Antes hacian ellos burla de vuestra virtud, pero os estimaban, y vosotros hallábais en Dios y en los amigos mas sinceros una abundante recompensa de sus burlas y desprecios; pero ahora se burlarán de vosotros, os despreciarán, y confesaréis que lo merecis; y ya ni os quedará consuelo alguno ni recompensa.

Lo 2.º *Los demonios vuestros enemigos*... despues de haberos tentado, instigado y solicitado, si finalmente os ganan, si os rendís á su importunidad, si caeis en sus redes, se burlarán de vosotros. Hé aquí, dirán, aquel hombre que nos insultaba; que se creía ocupar en el cielo el puesto que nosotros hemos perdido; trabajaba por esto, y lo habria conseguido; levantaba un edificio que lo habria llevado allá: ya le habia puesto los fundamentos, y si hubiese querido lo habria terminado; pero no ha podido llegar á terminarlo: nosotros se lo hemos impedido; es cómplice de nuestra inconstancia, y será participante de nuestras miserias... En este estado vosotros sentiréis el peso de vuestra miseria, y la lloraréis; pero ellos se reirán de vuestros

tros llantos. Vosotros os lamentaréis de su astucia; diréis como Eva que ellos os han engañado, y que en vez de placeres que os prometian no hallais otra cosa que penas, remordimientos y desesperacion; y ellos insultarán vuestra credulidad, y procurarán aun proseguir engañándoos, empenándoos siempre mas en los caminos de la iniquidad, y prometiándoos una tranquilidad de que con placer os verán siempre alejaros mas... ¡Oh cuántas veces, ó Dios mio, les he dado yo mismo este maligno placer, y he venido á ser el objeto de sus burlas y de sus insultos!

Lo 3.º *Los paganos y los idólatras en el juicio universal*... ¡Oh santo carácter del Bautismo, tú eres indeleble! ¡Qué vergüenza será en aquel gran dia haberte llevado solo para profanarte! ¡Qué vergüenza haber empezado tan felizmente una vida inocente, una vida devota, una vida retirada, una vida eclesiástica, una vida religiosa, una vida santa, y haberla despues abandonado! ¿Quién podrá, pues, sostener las miradas despreciantes é insultantes de tantos pueblos que no habrán recibido las mismas gracias, y verán el abuso enorme que hemos hecho de ellas? ¡Ah! Dios mio, este pensamiento me hace temblar: yo que no puedo sufrir el mas mínimo desprecio, ¿cómo podré llevar el grave peso de una confusion tan general y tan justamente merecida? Preservadme de ella, ó Señor, y concededme la gracia de perseverar en vuestro santo servicio, y de morir en vuestro santo amor.

4.º *Los réprobos en el infierno*... En aquel lugar de horror y de confusion, de odio y de furor, ¿de qué crueles insultos y desprecios no se verá oprimido el insensato que habrá comenzado la obra de su salud sin haberla concluido? Insultos y desprecios crueles, continuos y eternos; pero que serán nada en comparacion del despecho y arrepentimiento del infeliz réprobo, en el furor en que lo han arrojado las llamas devorantes, y los horribles suplicios de que será la víctima eterna.

Peticion y coloquio.

¡Oh lágrimas! ¡oh arrepentimiento! ¡oh desesperacion! ¿Puedo yo pensar en vosotros, y dolerme de lo que en esta vida tengo que padecer? ¿Puedo pensar en vosotros, y entibiarme, perder el ánimo, retroceder, y querer volver al siglo y al pecado? No, ó Señor, léjos de abandonar la empresa de mi salud, quiero desde hoy empezarla de nuevo; aun tengo tiempo. Sostened, ó Señor, mis débiles esfuerzos, y concededme vuestra gracia para poder cumplir felizmente una

obra que emprendo por orden vuestra, y bajo de vuestra proteccion y amparo... Amen.

MEDITACION CXCH.

PARÁBOLA DE UN REY EN GUERRA CON OTRO REY.

(Luc. xiv, 31-35).

Reflexionemos: 1.º sobre el sentido general de esta parábola; 2.º sobre la guerra del hombre con el demonio, figurada en la parábola; 3.º sobre la guerra del pecador contra Dios, representada en ella.

PUNTO I.

Del sentido general de esta parábola.

Lo 1.º *En qué consista este...* «Ó ¿qué rey estando para mover guerra á otro rey no considera primero de asiento si podrá con diez mil hombres ir al encuentro al que viene contra él con veinte mil? De otra manera, mientras este está todavía léjos, le envia embajadores, y le pide la paz...» El asunto general de esta parábola, como el de la precedente, es advertirnos que, así como en los grandes negocios del mundo, como serian erigir un suntuoso edificio, ó sostener una guerra, nada se emprende sin haber examinado maduramente lo que se ha de hacer; así abrazando, ó sea el Cristianismo, ó en el Cristianismo algun estado ó alguna profesion, es necesario conocer las obligaciones que le están anejas, pensar frecuentemente en ellas, y cumplirlas con fidelidad.

* Lo 2.º *En qué no consista...* Se alejaria del fin ó del verdadero sentido de estas dos parábolas el que pensase que pudiese ser permitido, ó cosa prudente para nosotros, no abrazar el Cristianismo ó el estado á que Dios nos llama, porque la empresa nos pareciese muy difícil; como seria prudente aquel que no tuviese con que acabar el edificio, no empezándolo; y para un rey que no tuviese con que sostener la guerra, pedir la paz. En esto consiste la diferencia; que en el edificio de nuestra perfeccion ó en la guerra espiritual contra los enemigos de nuestra salud no hay que temer que nos falten los medios, sino solamente que nosotros faltemos á ellos; que faltemos en pedirlos y en servirnos bien de ellos. Lo que se debe temer, sí, es que no conociendo nosotros nuestras obligaciones, nos descuidamos en cumplirlas; que nosotros mismos abusamos de ellas, y que nos lisonjemos de ser cristianos y discípulos de Jesucristo, mientras que realmente no lo somos, ó si lo somos, es de solo nombre.

Lo 3.º *Cuál sea la conclusion...* Héla aquí expresada por el Salvador mismo en estas palabras, que son el compendio de todas nuestras obligaciones... «Y así, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo...» Renuncia de corazon y de afecto absolutamente necesaria para todos los cristianos; renuncia real y eficaz para aquellos que Dios llama á un estado que la exige, ó de quien la piden la equidad, la obligacion, la fe y la Religion... Falta á esta renuncia el que goza con complacencia, con avaricia, con lujo, con fausto y con orgullo de lo que posee, rehusando dar parte al necesitado; que es demasiado avariento en tener, demasiado solícito en adquirir, demasiado sensible á la consolacion de una ganancia, y demasiado afligido por una pérdida. Se halla en una disposicion del todo opuesta á esta renuncia el que retiene con injusticia el bien ajeno, el que lo usurpa con ganancias ilícitas, el que del amor de la ganancia ó del temor del perder se deja empeñar en la iniquidad, comete el pecado, y hace traicion á sus propias obligaciones. Observemos, y no nos engañemos. Observemos si somos discípulos de Jesucristo.

PUNTO II.

De la guerra del hombre con el demonio.

Lo 1.º *Con qué fuerzas se emprende esta guerra...* El rey contra quien tenemos que combatir es el demonio. Le hemos declarado la guerra recibiendo el Bautismo: hemos renovado esta declaracion recibiendo la Confirmacion, recurriendo á la Penitencia, abrazando este ó el otro estado, y no nos debemos arrepentir de esto: debemos solamente conocer sus fuerzas y las nuestras... Sus fuerzas son formidables; el infierno está todo á sus órdenes, y lo ha conjurado para nuestra pérdida; milita el mundo á su estipendio, y le suministra tantos soldados, cuantos partidarios tiene; y lo que hay aun de mas terrible es, que él tiene sus correspondencias hasta dentro de nosotros, hasta en nuestro propio corazon... Examinemos ahora nuestras fuerzas: es de suma importancia conocerlas bien para emplearlas con acierto. Considerando las que son propias nuestras, ¡ay de mí! ¿cuáles son estas? En nosotros todo está en desorden, todo respira sedicion y rebelion; nuestros sentidos amotinados, nuestras pasiones indómitas, y nuestra carne indócil piden continuamente rendirse al enemigo, siempre traman cualquiera traicion, y no atienden á otra cosa que á buscar los medios de lograrlo... Añadamos á

esto el carácter de los dos combatientes: el primero es un enemigo implacable, vigilante, atento, sagaz, experimentado, falso y fingido. ¿Y nosotros? nosotros somos débiles, flojos sin temor, amantes del reposo, y con esto vanos, temerarios, presuntuosos y sin precaucion; pero nuestra debilidad será nuestra fortaleza, si sabemos conocerla bien, y poner toda nuestra confianza en aquel que nos sostiene.

2.º *Con qué sucesos se haga esta guerra...* ¡Ay de mí! los sucesos son bien diferentes. De una parte se ven muchos que, despues de haber comenzado felizmente esta santa guerra, pierden el ánimo, y que despues de haber renunciado al demonio y al mundo comienzan á acercarse á ellos. Abatidos de algunas pérdidas ocasionadas de su negligencia, desesperan de poder reparar lo perdido, y sostenerse aun. Al primer ataque vacilan, temen la fatiga, abandonan el puesto, y cobardes desertores, no solo piden la paz, sino que tambien se rinden al enemigo: toman partido en sus tropas, y combaten debajo de sus banderas... De la otra parte se ve el hombre fiel á la gracia conseguir gloriosas victorias: este ha sabido cautelarse contra las astucias, y resistir á los esfuerzos del enemigo terrible que habia de combatir. Ha puesto el orden, y para decirlo así, ha restablecido la disciplina en sus tropas, ha domado sus sentidos, ha sacrificado el objeto de sus pasiones, ha acostumbrado su carne á la austeridad y á los rigores de la penitencia, ha velado y ha orado: unas veces ha sabido huir con una prudente retirada las asechanzas que se le preparaban, y otras ha asaltado con fuerza, y ha sostenido con valor el ataque, y finalmente ha triunfado... ¿Por qué, pues, no haré yo otro tanto? ¿Por qué no haré lo que los otros han hecho y hacen hasta ahora? Ellos tenian y aun tienen los mismos obstáculos que yo tengo; tengo los mismos medios que ellos tienen, tengo los mismos intereses; ¿por qué, pues, no los haré valer?

3.º *¿Cómo acabará esta guerra?*... Con la recompensa de los vencedores y con el castigo de los cobardes. Un reino eterno para aquellos que habrán triunfado del demonio y del mundo; un suplicio eterno para los viles desertores de las máximas del Cristianismo que habian abrazado... ¡Ay de mí! ¡cuántas veces he dejado las armas, he procurado hacer una paz vergonzosa, y me he rendido á mi enemigo! ¡Cuánto tiempo he servido debajo de él, y he llevado las armas! ¿Y cuál ha sido mi recompensa? ¿He encontrado en su servicio el reposo y la felicidad que me esperaba? ¡Ah! he hallado solo penas, fatigas, contradicciones, oprobios, temores, remordimien-

tos, disgustos amargos y horrible desesperacion... Á Vos me vuelvo, ó Rey de mi corazon; ya que quereis aun recibirme, vuelvo á tomar las armas primeras, quiero combatir hasta la muerte bajo de vuestras banderas, seguro de triunfar eternamente con Vos si me mantengo fiel.

PUNTO III.

De la guerra del pecador contra Dios.

1.º *Desigualdad de las fuerzas en esta guerra...* Podemos meditar esta parábola debajo de otro aspecto, y bajo la idea de estos dos reyes considerar al hombre en guerra con Dios... Dios crió al hombre rey de la tierra; le dió este reino con el peso de un tributo de obediencia. El necio se atrevió á negárselo, y á declarar con su rebelion la guerra al Rey del cielo. Nosotros sabemos cuáles fueron las consecuencias funestas de una rebelion tan insensata y de una guerra tan desigual. Hijos desventurados de este rey castigado luego que fue rebelde, no es ya nuestra mayor desgracia el haber sido despojados con él de nuestros mas bellos privilegios, sino de continuar aun una guerra tan injusta y tan desproporcionada. ¿No reflexionamos nosotros jamás sobre las consecuencias terribles de esta guerra que nos atrevemos á hacer á Dios, rehusando obedecer las justas leyes que nos ha impuesto? ¿Ignoramos, por ventura, el formidable aparato con que viene contra nosotros? ¿Ignoramos su omnipotencia, su ciencia infinita, su inmensidad y su eternidad? ¿Qué es lo que tenemos nosotros que oponerle? ¿Nuestra libertad? ¡Ay de mí! ¿no está él en punto de despojarnos de ella para cargarnos de eternas cadenas?... ¿Nuestro cuerpo, su vigor, su juventud y su sanidad? ¡Ay de mí! en un cerrar de ojos, abatido de la enfermedad viene á ser presa de la muerte, y baja á la corrupcion y al polvo del sepulcro; ¿cuál será, pues, su fuerza? ¿De qué socorro nos podrá servir nuestra incredulidad? Hé aquí, pues, el último baluarte que tenemos que oponer á los rayos del Omnipotente. Nuestra alma *acaso* no es inmortal; *acaso* no hay otra vida; *acaso* Dios nos ha criado sin algun fin; y despues de esta vida no habrá ni justicia, ni castigo, ni recompensa... Con qué ¿un *acaso* será todo nuestro expediente? Una duda impía y afectada contra la palabra expresa del Criador, contra las luces mas puras de nuestra razon, contra el íntimo sentimiento de nuestro corazon, y contra los continuos remordimientos de nuestra conciencia; hé aquí, pues, el escudo bajo del cual creemos poder francamente despreciar las leyes y hacer frente

á las amenazas de aquel que nos ha dado el ser, andar contra él con fiereza, entrar con paso intrépido en su eternidad, y nada tener que temer de su justicia ni de su omnipotencia. Pero ¡oh cuán débil se dejará ver este escudo en el lecho de la muerte! Se nos huirá á proporcion que nos irémos acercando al momento decisivo. La muerte finalmente nos despojará de él, y nos entregará para siempre á la justicia del Dios de las venganzas.

2.º *De la necesidad en que está el hombre de pedir la paz...* 1.º Es necesario solicitarla... ¡Ah! seamos prudentes siquiera en nuestro propio interés. Pidamos la paz, ya que no podemos continuar la guerra sin perdernos eternamente... 2.º Conviene pedirla ahora mientras que aquel á quien hemos ofendido está aun léjos de nosotros, y mientras que no tenemos noticia alguna de su arribo; porque cayendo una vez en sus manos, no tendremos ya que esperar la paz. Y sería ciertamente una necedad esperar á pedirla cuando llegue á nosotros, cuando ya haya vibrado contra nosotros la espada, y comience á hacernos sentir el peso de su indignacion y de su cólera. Conviene pedir esta paz mientras estamos sanos y podemos aun prometernos cualquier tiempo de vida... 3.º Se debe pedir por medio de otro, y no por nosotros mismos... ¿Quién somos nosotros para presentarnos delante de Dios y para atrevernos á tratar con él de paz? ¿Qué es lo que le podemos ofrecer? ¿Qué es lo que podemos hacer ó sufrir que pueda reparar su gloria y satisfacer á su justicia? Pero este Dios tan bueno como grande, tan misericordioso como justo, ha sabido proveer á nuestra impotencia, nos ha dado su propio Hijo, su Hijo único y amado, por mediador de la paz y reconciliador universal del cielo y de la tierra... Ó Dios, Salvador mio, única esperanza mia; á Vos recurro, por Vos y por vuestros méritos pido la paz á Dios vuestro Padre, á quien tantas veces y tan gravemente he ofendido. ¡Ay de mí! á Vos mismo he ofendido, abusando de vuestros dones y de vuestra sangre, rehusando vuestra mediacion, y profanándola; y ciertamente, ó Jesús mio, no tengo otro expediente que vuestros méritos: me atrevo aun á recurrir á ellos, y suplicaros que me concedais la paz, resuelto á no romperla ya jamás, y seros enteramente fiel.

3.º *De las condiciones de la paz que concede Dios al hombre...* La primera, que ninguna cosa se innovará en orden á la sentencia de muerte pronunciada contra el primer hombre y toda su posteridad, ni en orden á las consecuencias humillantes de esta sentencia, como las enfermedades, la concupiscencia, las pasiones y el trabajo... La

segunda, que nosotros escucharemos á nuestro Mediador, que creerémos su palabra, que observaremos su ley, seguiremos sus ejemplos; y aprenderémos de él el uso que debemos hacer de nuestro castigo, y la manera de hacerlo servir á reparar la gloria del Padre por los méritos del Hijo... La tercera, que si somos fieles á nuestro Mediador, entraremos en los derechos, no de nuestro primer padre criado puro hombre como nosotros, sino en todos aquellos de nuestro Mediador, Dios y Hombre juntamente, Hijo único de Dios, y heredero de todos sus bienes¹. ¡Qué paz, ó gran Dios, qué paz! ¿Habriamos tenido nosotros jamás atrevimiento para pedirla semejante? ¡Oh, y cuán digna es de vuestra grandeza y de vuestra justicia, de vuestra misericordia y de vuestra magnificencia! La acepto, ó Dios mio, y para perseverar en ella estoy pronto á seguiros, ó divino Salvador mio, á llevar con Vos mi cruz, á renunciar á todo lo que poseo y á todo lo que podria poseer mi corazon, y apartarlo de vuestro amor... «Buena cosa es la sal; pero si la sal se hace insípida ¿con qué se condimentará? No es á propósito ni para la tierra ni para estiércol, «sino será arrojada fuera...» ¡Ay de mí! ¡á qué cosa se exponen los que no quieren aceptar esta paz de Dios, ni cumplir las condiciones! ¡Oh sal insípida, esto es, oh razonamientos humanos! ¡oh prudencia de la carne! ¿para qué habeis vosotros servido, sino para excluir del cielo, y para precipitar en las llamas eternas á aquellos que os habrán escuchado? «El que tenga orejas para entender entienda...» Entienda á su Salvador, y medite bien estas grandes verdades.

Peticion y coloquio.

Si, ó Jesús, mi empeño es ser vuestro discípulo, y cumpliré las condiciones practicando los medios de salud, cuya obligacion es para mí tan general, tan extendida y tan indispensable. Dadme la fuerza para erigir el edificio de la torre evangélica. Ayudadme á vencer al demonio, tirano implacable de mi alma. Fortificadme en este deseo, de que me siento mas encendido que nunca, de ser siempre y únicamente de Vos en el tiempo y en la eternidad. Amen.

¹ Hebr. 1, 12.